

COMEDIA

UN MAESTRO DE ALEMANIA

Alejandro Tantanian

“Con el asesinato administrativo de millones de personas, la muerte se ha convertido en algo que nunca había sido temible de esa forma. Ya no queda posibilidad alguna de que entre en la experiencia vital de los individuos como algo acorde con el curso de su vida. El individuo es despojado hoy día de lo último y más pobre que le había quedado. El que en los campos de concentración no sólo muriese el individuo, sino el ejemplar de una especie, tiene que afectar también a la muerte de los que escaparon a esa medida. El genocidio es la integración absoluta, que cuece en todas partes donde los hombres son homogeneizados, pulidos -como se decía en el ejército- hasta ser borrados literalmente del mapa como anomalías del concepto de su nulidad total y absoluta.

Auschwitz confirma la teoría filosófica que equipara la pura identidad con la muerte.

(...)

La perpetuación del sufrimiento tiene tanto derecho a expresarse como el torturado a gritar: de ahí que quizá haya sido falso decir que después de Auschwitz ya no se puede escribir poemas. Lo que en cambio no es falso es la cuestión menos cultural de si se puede seguir viviendo después de Auschwitz, de si le estará totalmente permitido al que escapó casualmente pudiendo haber sido asesinado. (...) ¡Qué culpa tan radical la del que se salvó! Su pago son los sueños que padece, como el de quien ya no vive, sino que fue pasado por la cámara de gas en 1944, cuya entera existencia posterior es mera imaginación, emanación del deseo delirante de un asesinado hace veinte años."

THEODOR W. ADORNO, Dialéctica negativa.

(1966)

"Astilla en el ojo:

que se conserve un signo llevado a través de la oscuridad."

PAUL CELAN, Astillas

(1957)

Un espacio para la representación.

Habrà varios telones ocultando espacios.

(Algunos velarán pequeños escenarios, otros esconderán personas.)

El color será oscuro. Más bien gris.

Todo estará raído.

Sin embargo se adivinará una obsesiva limpieza.

Una perfección formal que contrastará con los colores y materiales.

UNO

Una luz se demora sobre el cuerpo de CELAN.

Es un hombre en sus treinta. Lleva las ropas desordenadas.

Está pelado.

Su cuerpo erguido. Rígido.

Sus ojos están desmesuradamente abiertos. Jamás los cierra. Insomne.

Sin embargo, su mirada se posa sobre las cosas sin convicción. Sólo traza contornos, siluetas; sus ojos han perdido la capacidad de armar el mundo.

Su hablar, por el contrario, denota una profunda convicción: se aproxima a las palabras con total conocimiento de lo que se encierra en ellas.

Un tren silba a lo lejos.

Se detiene en el centro del patio triangular.

Ellos abren las puertas.

CELAN enfrenta a un HOMBRE.

CELAN

Miles de cuerpos entrelazados en la oscuridad de los vagones. Ahora ellos abren las puertas y somos obligados a descender. Abandonamos aquel infierno. Nuestras ropas manchadas con mierda. Los zapatos inundados de pis. Nos llevan a un galpón enorme.

HOMBRE

Vamos.

Toda la ropa.

CELAN

¿Aquí?

HOMBRE

Ahora ahí.

CELAN

Otro hombre vestido de blanco pasa sobre mi cabeza la máquina hasta dejar heridas en el cuero cabelludo.

HOMBRE

¿Nombre?

CELAN

Celan. Paul Celan.

HOMBRE

¿Edad?

CELAN

24 años.

HOMBRE

¿Origen?

CELAN

Rumania.

HOMBRE

Origen.

CELAN

Judío.

CELAN

Cuando aquel hombre hizo que me acostara boca abajo en una mesa para que me revisaran el recto y los órganos sexuales, todas las cosas de mi vida pasada se evaporaron.

Largo silencio.

Un sonido lejano arrastra el aire.

Melodías de otros paisajes.

CELAN

Como una canción de infancia.

Yo soy yo.

Mi cuerpo sobre esta tierra.

Una mano alzada al cielo.

La otra señala el infierno.

Y frente a mí los instrumentos del destino.

Yo soy yo.

Aire soy.

Silencio.

CELAN

Familia, hogar, ocupación y posesiones fueron ideas que olvidé.

Cuando grabaron el número en mi brazo.

HOMBRE

66523.

Otro tren viene llegando.

Se detiene en el patio triangular.

Largo silencio.

CELAN sólo.

CELAN

Y yo echado contigo, tú, entre la basura,

una luna barrosa

nos disparó con respuestas,

nos separamos en migajas

y nos unimos de nuevo:

el Señor partió el pan,

el pan partió al Señor.

Silencio.

Mi tristeza, puedo verlo,
se derrama sobre ti.

Silencio.

Nadie
testimonia por el
testigo.

Silencio.

Me llamo Celan.
Paul Celan.
Mi apellido se confunde con las letras de la noche.

El cuerpo se sumerge en la más cerrada oscuridad.

DOS

Una luz se demora, ahora, sobre HELENA.

Tiene 18 años.

Está pelada.

HELENA

Helena. Mi nombre es Helena. *En mi mano izquierda un pedazo de carbón. Y sobre una de las paredes del cuarto escribo: "Madre, no, no llores. Reina del cielo la más pura. Ayúdame siempre. Ave María."* 1[1] Escribo en las paredes con carbón. Palabras negras sobre paredes negras. Palabras que hablan de mí en las paredes negras escribo con carbón. En el cuarto de infancia sobre paredes blancas se apoyaba el cuadro que protegía mi cama. Cinco pequeños personajes se adelantan en el espacio cerrado del cuadro. Y el perro, echado, soportando el leve peso de un pie, un pie que se apoya, torcido, sobre el lomo reposado del perro, el pie de la niña más joven, la niña pequeña en ropas de niño. La de cabellos rubios, en el centro de la luz, mira mi mirada derramada. El cuarto es cerrado y un hombre vigila desde una puerta, allá, al fondo. Un espejo devora una pareja. *Y un hombre, enfrentado a un lienzo tan grande como mi cuadro, un hombre con una cruz roja en el pecho, un hombre que aferra en su mano derecha un pincel abisma su mirada en mi mirada. Así, y desde entonces, quedo yo atrapada para siempre en la mirada del hombre y mi cuerpo es imagen reflejada en el espejo y soy prisionera en aquel cuarto. Campo, supe después.*

Silencio.

El cuerpo se sumerge en la más cerrada oscuridad.

TRES

1[1]"*Madre, no (...) Ave María.*": Plegaria escrita en una de las paredes de la celda N° 3 ubicada en el sótano del 'Palacio': cuarteles de la Gestapo en Zakopane; bajo esta plegaria se encuentra la firma de Helena Wanda Blazusiakówna, y las palabras: "18 años de edad, presa desde el 25 de Septiembre de 1944."

Ahora, el escenario vacío.

Allí está CELAN.

CELAN

Celan.

Paul Celan.

Y Paul Celan apoya sus pies torcidos

(cruel destino del que no tiene tierra)

sobre la superficie muda de un puente.

Es la noche como todas las noches, fría.

Sólo el agua se abre bajo mis pies, suave.

Murmura el agua algo parecido a una vieja canción: un violín.

Avanza el agua bajo mis pies.

Suave, lenta, y segura.

Avanza.

Y sólo un salto me separa del puente.

Sólo un salto.

Mis pies torcidos elevándose en el aire

y luego la caída inexorable y dulce

caída dolorosa del que no tiene tierra

y en el agua se disuelve.

Así.

La tinta se diluye en el agua y mi cuerpo es una palabra abandonada.

Prolongado silencio.

¿Dónde estoy?

Ustedes se preguntan.

Y yo contesto.

Mi voz es brutal oscuridad.

Mi voz es memoria.

Recuerdo del campo

y de los trenes

de los cuerpos

y las noches apiladas

de la niebla y la tormenta

mi voz recuerda la oscuridad

y sabe que no hay en el cielo

luz

nadie

es el dios que nos asiste

y a la oscuridad elevo mi plegaria.

Silencio.

Luego el tiempo y los hombres guardan mi voz en libros.

Y mi furia es fuego.

Y quemo los libros.

Y abismo la mirada en las astillas.

En el paisaje después de la batalla.

Sólo ceniza.

Gloria de ceniza.

Y vidrios astillados.

Y ojos.

Se descorre un telón.

EL PADRE y LA MADRE:

Sus cuerpos están ulcerados.

Están pelados.

EL PADRE

Cuerpos, todos esos cuerpos sobre el campo.

CELAN

Los cuerpos traen los ojos abiertos.

Los ojos se cierran, los ojos se abren: una tormenta de ojos.

Después un grito.

Y tras el grito un silencio.

Silencio.

Y luego unas notas arrancadas a un violín.

Silencio.

Mi padre posa su mano sobre mi hombro.

Abro entonces mis ojos

a través de los vidrios astillados

abandono

mi mirada

a la inmensidad del campo.

Desde entonces mis ojos no quieren cerrarse.

Condenados a permanecer abiertos estos ojos devoran

las imágenes del día y las sombras de la noche.

Primer silencio.

LA MADRE

Cerrá los ojos, Paul. Te va a hacer mal.

CELAN

Dice mi madre.

EL PADRE

Esos cuerpos abren y cierran los ojos.

CELAN

Y el viento se crea así. Y el calor es insoportable.

EL PADRE

Si cerraras los ojos tal vez dejaríamos de sentir este calor.

CELAN

Dice mi padre.

Segundo silencio.

LA MADRE

Sé que es difícil.

CELAN

Si cerraras tus ojos, si bajaras tus párpados, podrás confundir la música del violín con el sonido de las aguas, dice mi padre.

LA MADRE

Tenés que descansar.

CELAN

Tu cuerpo se consume.

Cómo te extingues en mí:

hasta en el último,

gastado nudo de aliento

encontrás una astilla de vida.

Hay que dormir.

Aquí, sobre mi regazo,

mis manos sobre tus cabellos,
mis dedos se hunden como remos
en la superficie húmeda de tu pelo.
Tus ojos miran hacia adentro
y el sonido de las aguas acuna tu sueño.
Y después
llegará el día,
dice mi madre.

Tercer silencio.

LA MADRE

El día, otro día. El que sigue. Sí. El siguiente.

Se descorre otro telón

HELENA está allí, del otro lado.

Su mano descansa, peligrosamente, sobre un enorme vidrio astillado.

CELAN

Tu mano sobre el vidrio. No. Más lento.

Silencio.

HELENA

Una montaña de anteojos rotos, astillados. Y yo en aquel cuarto enorme. De paredes altas. El techo húmedo. Apoyada en un ángulo. Mis ojos posados sobre todos esos anteojos. La espalda apoyada en el vértice frío del cuarto. Olor a carne quemada. Mi vestido verde, con tablas, por encima de las rodillas. Desde los pies se alzan unas medias rojas. Las rodillas desnudas. Siento un temblor en todo el cuerpo. Un frío que asciende por la columna. Un hilo de sangre corre por entre mis piernas. Se derrama desde el final del vestido verde. Frente a la pila de anteojos en aquel cuarto. Campo, supe después. En mi mano izquierda un pedazo de carbón. Y sobre una de las paredes del cuarto escribo: "Madre, no, no llores. Reina del cielo la más pura. Ayúdame siempre. Ave María."

CELAN

Mi ojo desciende hasta el sexo de la amada,
 nos miramos,
 nos decimos algo oscuro,
 nos amamos el uno al otro
 como amapola y memoria,
 dormimos como el vino en los cuencos,
 como el mar en el rayo sangriento de la luna.
 Estamos abrazados en la ventana,
 nos ven desde la calle:
 ¡es tiempo de que se sepa!
 Es tiempo de que la piedra consienta en florecer,
 de que un corazón palpite en la inquietud.
 Es tiempo de que sea tiempo.
 Es tiempo.

HELENA

Soy virgen.

Reina del cielo la más pura.

Ayúdame siempre.

CELAN

Ave María.

Un largo silencio.

Un apareamiento: HELENA y CELAN.

La brutalidad del acto es acompañada por el más profundo de los silencios.

La mano de HELENA se hunde reiteradas veces en el filo astillado.

Hasta el gobierno de los fluidos.

DESCARGO

CELAN enfrenta al público.

Desarma la supuesta existencia de la representación.

*Transforma a los espectadores - o a nosotros, lectores - en testigos
confidenciales de esta ceremonia.*

CELAN

Podrán decir- y dirán- que yo maté a Helena. Y a todas las demás. Todas esas mujeres atravesadas por el filo astillado de mi ventana. Dirán- y tendrán razones - que soy culpable: único e indefendible. Y no habrá engaño en aquellas frases. Soy culpable y esta representación a la que ustedes asisten fatigados, no es otra cosa que el alegato de mi culpabilidad. No tengo humor. Y nada sé de la comedia. No tengo tiempo para eso. Sólo mi muerte traerá carcajadas. Y allí, en

el gesto definitivo de mi existencia, sobre la escena desnuda y en presencia de todos los muertos, habrá comedia.

FIN DEL DESCARGO

Con violencia se descorre otro de los telones.

LA MADRE está allí. Los ojos fijos en el frente.

El cuerpo ulcerado.

LA MADRE

Sí, él nació un día como todos, y fue un día feliz.

Fue un día como todos hasta que aparecieron los dolores, entonces abrí mis piernas y él nació.

Mi esposo estaba del otro lado de la pared. Sus manos intentan abrir la puerta. No lo logra. Sus manos no encontraban el picaporte. No podía ver. El picaporte, digo. Los anteojos. Los perdió, dice. Se los sacaron, dirá después.

Silencio.

Puse su boca sobre mi teta pero él no podía descubrirla. El tratamiento que me hacían había achicado mis tetas. Ahora mismo es difícil encontrarlas en el cuerpo. Las tetas, digo. No sé dónde están.

CELAN

Dice mi madre: en los ojos de Paul se reflejaba este cuerpo mío, se duplicaba en sus ojos.

Ni uniendo aquellos dos reflejos mi cuerpo llegará a pesar como un cuerpo.

Tan flaco.

Y antes del parto mi cuerpo era sólo una circunferencia asomando por encima del sexo: un espacio tranquilo y cálido que cobijaba a mi Paul desconocido.

El único espacio de tranquilidad.

Mi sexo yacía ahogado entre las piernas.

Pero Paul no soportó la tibieza y abrió el escondite, descerrajó el sexo y buscó la luz.

Y sus ojos, al abrirse, se posaron sobre un fragmento astillado de mi cuerpo.

Desde entonces, y para siempre, su mirada se posa en astillas, y sólo a través de ellas Paul nos observa.

Mirando a través de los vidrios astillados construye el mundo y sobre las heridas Paul construye la religión, dice mi madre.

Prolongado silencio.

Decía el Libro: Él nacerá y Él morirá.

Su tutelar destino será la incesante búsqueda de la belleza.

Crearé poemas con palabras de letras exactas.

Y elevará con ellos magníficas catedrales en las que habitará el silencio.

Y aquellas catedrales por Él construidas, poseerán magníficos altares sobre los cuales oficiará Él los ritos de nuestra religión.

Y Él ascenderá tan alto a través del Sagrado Oficio, que alcanzará la esfera celeste y, una vez allí, construirá un espejo que enfrentará luego en dirección a la tierra, para que sobre ella queden reflejadas las órbitas celestes.

Él trazará, así, el mapa del cielo sobre esta tierra.

Y aquel espejo por Él construido devorará Su imagen.

Y, desde entonces, en el interior de todos los espejos, Él habitará.

Y en cada imagen que encierre un espejo, Él será.

Silencio.

Pero Él no sabrá de la época en que será arrojado al mundo.

Y cuando al mundo llegue la belleza le será negada.

Y conocerá el horror.

La astilla conocerá.

Y Su tragedia será inexorable.

Inextinguible será.

Su espíritu estaba destinado al ascenso.

Pero nada en este mundo lo ayudará a elevarse.

Entonces Él decidirá caer, dice el Libro.

Silencio.

Estaba escrito.

Silencio.

Y en cada imagen que encierre un espejo, Él será.

Decía el Libro.

Y en la oscuridad del espacioso cuarto hundo el pincel en colores sobre madera y observo el lienzo que, una vez terminado, devolverá la imagen de cinco pequeños personajes. Y un perro, echado, soportando el leve peso de un pie; un pie que se apoya, torcido, sobre el lomo reposado del perro, el pie de la niña

más joven, la niña pequeña en ropas de niño. La de cabellos rubios, en el centro de la luz, mirará la mirada de aquel que mire. El cuarto que alberga el lienzo en el que pinto el cuarto que alberga el lienzo, es cerrado y un hombre vigila desde una puerta, allá, al fondo. Un espejo devora a los reyes. Y yo con mi cruz roja en el pecho, aferro en mi mano derecha el pincel que hundo en colores sobre madera y vuelvo a hundir mi mirada en el lienzo que, una vez terminado, devolverá la imagen de cinco pequeños personajes.

Silencio.

Una imagen.

Sólo es posible verla a través de las ventanas astilladas: el cuerpo de una mujer confundido entre los vidrios.

Y es esa misma imagen la que lleva escrita el rumbo de mi destino, y me entrego a ella y ella devuelve el gesto de la entrega y deja caer su cuerpo sobre el mío y yo, entonces, obedezco y respondo al horror, grito, canto dulcemente a la muerte, la muerte es el maestro.

Esta cabeza mía se está rompiendo.

Mi cabeza se parte, algo ejerce una presión desde el interior.

Los músculos y la piel ceden, mi cabeza se abre, estalla.

Por este hueco doy a luz mis órganos.

Mi cuerpo se desorganiza.

Prolongado silencio.

Enfrento aquella ventana.

Observo el reflejo de mi cuerpo en el vidrio.

Mi fantasma.

Pierdo la mirada en mi reflejo y recorro cada uno de los miembros definiendo los contornos de aquel cuerpo que es el propio y es ajeno.

Tal vez descubra belleza: lo que no sabemos ver.

La belleza es terror domesticado.

Tomo una piedra.

La arrojo.

Astillas.

La piedra quiebra la imagen, la multiplica.

Así, entonces, Celan:

un montón de cuerpos esquivarlas sangre y agua sucia.

Silencio.

Soy el hombre que habita en cada espejo.

Soy el pintor de mi retrato.

Y soy el retratado.

Silencio.

¿Quién gana? ¿Quién pierde? ¿Quién va a la ventana?

¿Quién dice primero su nombre?

Es uno que lleva mi pelo.

Lo lleva como se llevan muertos en las manos.

Lo lleva como el cielo llevó mi pelo en el año en que amé.

Lo lleva así por ostentación.

Es uno que tiene mis ojos.

Los tiene desde que se cierran las puertas.

Los lleva en el dedo como anillos.

Mis ojos. Él gana. Él no pierde. Él no va a la ventana.

Él dice último su nombre.

Es uno que tiene lo que he dicho.

Lo lleva bajo el brazo como un fardo.

Lo lleva como el reloj su peor hora.

Lo lleva de umbral en umbral, no lo tira.

Él no gana. Él pierde. Él va a la ventana.

Él dice primero su nombre.

Lo decapitan con los tulipanes.

Prolongado silencio.

HELENA se acerca al cuerpo mudo de CELAN.

Toma su cara entre las manos.

Abre la boca de CELAN con sus manos.

Escribe HELENA con carbón palabras en la boca de CELAN.

Cae la noche.

Y LA MADRE aparece desnuda, exhibiendo los pechos agostados.

HELENA se aferra a la boca de CELAN.

Y es ella y es LA MADRE y es CELAN.

Sobre la noche.

CUATRO

El tiempo sigue siendo el mismo.

Pero otro el lugar.

Algo va mutando lentamente sobre el tiempo.

CELAN lleva los ojos abiertos.

La boca abierta.

Negra.

La boca sedienta derrama espesa saliva sobre los cuerpos cercanos de LA MADRE y HELENA.

EL PADRE observa más allá.

Allí están los cuatro: estatuas de sal.

Retirados sobre la pesadilla.

Durmiendo con los ojos abiertos.

Las manos apretadas, el cuerpo derramado, el dolor y la palabra que emerge, oscura, de aquellas bocas.

La palabra impronunciable se agiganta sobre los cuatro cuerpos y son entonces las cuatro voces las que dicen sobre el tiempo y el espacio:

CELAN, HELENA, LA MADRE, EL PADRE

A cuatro voces, como sea posible.

En la oscuridad permítanme habitar, la tierra será dolor,
El techo desesperado apartará toda alegre luz de mí,
Las paredes de negro mármol humedecidas gotas llorarán,

Mi música, infernales rechinantes sonidos, destierra al sueño amistoso.
 Leche negra del alba la bebemos de tarde

la bebemos al mediodía y de mañana la bebemos de noche

bebemos y bebemos

cavamos una tumba en los aires allí no hay estrechez

Un hombre vive en la casa tu cabello de oro Margarita

azuza sus perros contra nosotros nos regala una tumba en el aire

juega con las serpientes y sueña la muerte es un maestro de Alemania

Así prendido a mis penas, y a mi tumba anclado,
 Oh déjenme, vivientes, vivientes, morir, hasta que la muerte llegue.

Silencio.

Extremado.

Misa de difuntos.

Astillas.

Final.

CINCO

CELAN en un espacio invadido por la sombra.

Rumor de agua.

Gota sobre gota sobre cemento.

Tres tiros.

Un cuerpo se desploma.

Gritos ensordecedores de una mujer.

Las sombras se retiran.

Un tanto así.

CELAN

Desde la barraca se puede ver un patio cuadrado. Y desde el patio cuadrado se puede ver la barraca. Desde cualquier punto son visibles todos los hombres, todas las mujeres, todas las niñas y todos los niños. A través de un blanco móvil. Una mujer sale acompañada de tres hombres de uniforme. Flanqueada la espalda, los lados flanqueados.

LA MADRE

¿Aquí?

HOMBRE

Su tumba.

Tres tiros.

Un cuerpo se desploma.

Gritos ensordecedores de una mujer.

LA MADRE

Nadie es el principio.

Nadie es el fin.

Nadie volverá a amasarnos con barro.

Nadie volverá a crearnos.

No hay tiempo.

HOMBRE

Su tumba.

CELAN

Dice uno de ellos. Y ella no entiende. No puede entender. Mi madre se abandona al sonido repetido de los tiros en la nuca. Otro hombre me trae desde lejos y me enfrenta al cuerpo derramado.

Silencio.

¿Aquí?

HOMBRE

Aquí.

Un pozo profundo y
el cuerpo de la judía en
lo profundo.

Tres tiros.

Un cuerpo se desploma.

Gritos ensordecedores de una mujer.

CELAN

Sangra.

Mi madre sangra.

HOMBRE

¿Sangra?

CELAN

Mi madre sangra.

Silencio.

Con la pala cavo la tierra.

Con la tierra cubro a mi madre.

Con la pala golpeo la tierra que cubre a mi madre.

Silencio.

Gusanos desde la piel.

Señor.

¿Estás aquí?

Silencio.

Nadie.

HOMBRE

Ya es tiempo.

CELAN

De que sea tiempo.

Y mi madre habría cantado:

LA MADRE

Desde la tierra.

Madre

no

no llores

Alzados los brazos.

Y la guadaña entre los brazos

sobre los cuerpos.

Madre

no

no llores

La noche es larga.

Tumbas en el aire.

Madre

no

Y los cuchillos están afilados.

no llores

CELAN

Te abrazo como amapola y memoria.

Hunde su cuerpo en la tierra.

Es de barro ahora.

Es un golem.

Te llevo como se llevan muertos en las manos.

Es tiempo.

No hay tiempo.

Largo silencio.

Señor. ¿Estás aquí?

Tres tiros.

Un cuerpo se desploma.

Gritos ensordecedores de una mujer.

Agua sobre la tierra.

Oscuridad.

SEIS

Otro es el espacio.

HELENA

Hubo un día en el que muchos cuerpos caminaron juntos. Pelados y desnudos. En fila, los pies sobre los charcos, sobre el barro, sobre la sangre. Caminando con paso lento hacia la puerta del cuarto enorme. Campo, supe después. Y del otro lado de la puerta: anteojos, pelos, zapatos. Y tu mamá que espera hundir sus manos en tus pelos. Pero también estás pelado y tus pelos descansan confundidos en aquel desorden apilado. Tu mamá, entonces. Tu mamá, entonces, se arroja sobre la montaña de pelos y trata de encontrar, trata de encontrar, trata de encontrar los que te pertenecen, para así, entonces, poder hundir sus dedos entre tus cabellos. Tu papá ahoga la mirada en los alambres.

Silencio.

CELAN

El poema está

entregado.

Largo silencio.

Sin embargo.

Silencio.

De nada sirve.

Silencio.

Palabras

para

nadie.

Silencio.

Es de noche todavía.

Silencio.

Hubo

un tiempo.

Silencio.

Sin embargo.

Silencio.

Nadie.

Largo silencio.

Nadie habita

entre los cuerpos enlazados
ni en el silencio
ni en la letra.

Silencio.

Mi madre
leche negra del alba
la lengua materna
asesina
aquella canción.

Silencio.

En la lengua
de los asesinos
se encuentra
la respuesta:

Silencio.

el silencio
y la destrucción

definitiva.

Largo silencio.

Busqué.

Silencio.

Sólo busqué.

Silencio.

Una rosa.

Silencio.

La rosa de nadie.

Silencio.

La palabra.

Silencio.

El fin de la palabra es.

Silencio.

Silencio.

Silencio.

O fuego.

Largo silencio.

Luz.

Un poco de luz.

Largo silencio.

Nadie.

Silencio.

Nada.

Silencio.

Nunca.

Silencio.

Y luego

sobre el espacio

se derrama

la espesa

oscuridad.

HELENA

Yo no sé cómo había llegado hasta aquí. Sólo sé que estaba frente a él y que su cara me resultaba familiar. Yo había visto esa cara antes. Lo sabía. Entonces recordé: el cuadro, en la habitación de mi casa, cuando era una niña. Un cuadro grande. En la cabecera de mi cama. *Y un hombre, enfrentado a un lienzo tan grande como mi cuadro, un hombre con una cruz roja en el pecho, un hombre que aferra en su mano derecha un pincel abisma su mirada en mi mirada. Así, y desde entonces, quedo yo atrapada para siempre en la mirada del hombre y mi cuerpo es imagen reflejada en el espejo y soy prisionera en aquel cuarto. Campo, supe después.* Cuando me enfrenté a él, cuando me miró a los ojos supe que aquella era la mirada del hombre del cuadro. Y me pidió que apoyara la palma de mi mano sobre el vidrio roto de una ventana, que hablara con la mano sobre el vidrio y contara mi llegada al cuarto enorme, campo, supe después; y yo apoyo mi mano sobre el vidrio y él me pide que baje la mano hacia el filo, que apoye la palma de mi mano sobre el vidrio; y entonces sangro, mi piel se abre cuando mi mano desciende y digo: *Una montaña de anteojos rotos, astillados. Y yo en aquel cuarto enorme. De paredes altas. El techo húmedo. Apoyada en un ángulo. Mis ojos posados sobre todos esos anteojos. La espalda apoyada en el vértice frío del cuarto. Olor a carne quemada. Mi vestido verde, con tablas, por encima de las rodillas. Desde los pies se alzan unas medias rojas. Las rodillas desnudas. Siento un temblor en todo el cuerpo. Un frío que asciende por la*

columna. Un hilo de sangre corre por entre mis piernas. Se derrama desde el final del vestido verde. Frente a la pila de anteojos en aquel cuarto. Campo, supe después. En mi mano izquierda un pedazo de carbón. Y sobre una de las paredes del cuarto escribo: "Madre, no, no llores. Reina del cielo la más pura. Ayúdame siempre. Ave María."

Y yo allí, frente a él; como antes frente al cuadro; como ahora aquí, frente a él.

Prolongado silencio.

El cuerpo de HELENA es retirado de escena.

Y colocado en una pila de cuerpos blancos.

Vírgenes sangradas por el filo astillado de CELAN.

Allí, en la pila elevada de cuerpos, el cuerpo de HELENA se destaca en su doble función de cumbre y fin.

Una vez que esto sucede, CELAN explica en breve tirada el transcurso de su vida o la excusa de la presente representación.

CELAN

Nací para el ascenso vertiginoso, destinado a la gloria. Y mi madre vomita mi cuerpo, esta carne recién nacida sobre el piso cubierto de sangre, de barro, de orín: un parto sobre los muertos. Supe desde muy temprano para qué había sido convocado a esta tierra, y supe también que algunas señales del camino me serían ocultadas. Mi alma, para descubrirlas, se hundió en las astillas y el silencio, en las catedrales, las construcciones ascendentes y en todos los espejos. Yo dejé de ver para ver de otra manera. Dejé de mirar el mundo para posar mi mirada sobre los vidrios astillados. La eternidad está llena de ojos. Pero aquella forma de ver, aquella manera de posar la mirada, aquel paisaje único y fragmentado no dejaron que mi destino de gloria se cumpliera. Por esto no pude construir mi catedral, ni siquiera fundar la primera piedra sobre el terreno elegido; no pude ascender por el camino; no hallé la escalera que conduce a la esfera celeste, ni el espejo para reflejar sobre la superficie de la tierra el plano del cielo. Entonces me hundi en la noche, mi alma se hundió en la noche. Oscura. Enfermo, me despedía de este mundo y la luz oscilante de mi cuerpo era sólo un tibio rescoldo que el viento se empeñaba en deshacer. Hundido en las astillas observaba el paisaje: los cuerpos ulcerados, los gritos, la sangre derramada y los humos ascendiendo como debían ascender mis catedrales. La

muerte, en aquel paisaje, se igualaba a la identidad. Mis ojos quebraban el cuadro de desolación que se presentaba tras los vidrios astillados de mi encierro. Una interrupción, una astilla, un quiebre en el lenguaje. Descubro, encerrado, que en mi encierro yace el enigma del camino, la llave que abrirá la puerta de mi alma y la elevará sin pausa hasta hallar los elementos para fabricar el espejo que, dirigido hacia la tierra, trazará sobre ella el mapa del universo. Y esa llave es la escritura: una interrupción en la lengua. Entonces, mi alma suspira sobre el rescoldo, aviva el fuego y aquella revelación me es dictada: yo debo escribir.

Silencio.

Trazo una caligrafía acerada y filosa sobre cuerpos blancos de mujer.

Y ellas llegaban al campo.

Vírgenes que entre las ropas llevaban oculta la salvación de mi cuerpo y de mi alma.

Y yo desato sus ropas y hundo sus carnes en astillas afiladas.

Y libero la palabra que se eleva, entonces, como una catedral sobre aquellos altares con forma de cuerpos.

Aquellas vírgenes dejan escapar por sus heridas la salvación.

Y otorgan la fuerza necesaria para desarmar el horror, para soportar tanto dolor, tanta mansedumbre y tanta guerra.

Silencio.

La noche, al fin, es devorada por el día mientras sobre cada una de las vírgenes caen el filo y mi cuerpo. Y ellas se despiden del mundo ignorando el dolor que mi sexo produce. Ellas mueren creyendo en su virginidad. Y yo, en el último instante, desafío esa creencia y las devuelvo a la tierra con las piernas bañadas en sangre. Yo, que besé la tierra al nacer, entrego ahora a esa misma tierra todos esos cuerpos escritos. Cuerpos como libros. Cuerpos detenidos, interrumpidos, blancos cuerpos bañados en sangre, repletos de palabras, de voces, de sonidos: mi obra.

Entonces, sí, soy culpable.

Que así sea.

La oscuridad comienza a crecer.

Silencio.

Quebrar de vidrios.

Violento y prolongado.

Sólo una luz se demora sobre CELAN que dice:

Cerca estamos, Señor,

cercanos y asibles.

Asidos ya, Señor,

los unos a los otros agarrados, como si

el cuerpo de cada uno de nosotros fuera

tu cuerpo, Señor.

Reza, Señor,

reza por nosotros,

estamos cerca.

Torcidos por el viento íbamos,

íbamos a inclinarnos

sobre la zanja y el charco.

Al abrevadero íbamos, Señor.

Era sangre, era

lo que derramaste, Señor.

Brillaba.

Nos arrojaba tu imagen en los ojos, Señor.

Ojos y boca permanecen tan abiertos y vacíos, Señor.

Hemos bebido, Señor.

La sangre y la imagen que en la sangre había, Señor.

Reza, Señor.

Estamos cerca.

Largo silencio.

CELAN traza un gesto definitivo.

Así.

Habrá comedia.

Luego se hunde en un extraño silencio.

Y mira a ambos lados de la escena.

Y la escena se ilumina con luz de ensayo.

Y CELAN observa al pozo ciego de la platea.

Y pide (se verá si suplica o sólo pide):

Telón.

Silencio.

Alejandro Tantanian. Correo electrónico: art@cvtci.com.ar

Todos los derechos reservados

Buenos Aires, Argentina. Noviembre de 2000

-

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

www.celcit.org.ar